

# El monólogo continúa

Leonardo Calvo Cárdenas

Historiador y político

Miembro del Patronato del Comité Ciudadanos por la Integración Racial (CIR)

Un rayo de esperanza de apertura y realismo pudiera asomarse al escuchar los planteamientos y análisis de personeros del gobierno cubano, que regentean con intención de hegemonía los cerrados y fiscalizados espacios de debate que tímidamente se han ido abriendo, gracias a la fuerte presión de cuestionamiento, sobre todo desde el exterior, como reflejo de la creciente inquietud por las carencias y retrasos en materia de integración y equilibrio racial dentro de la sociedad cubana.

En esos espacios elitistas y fiscalizados, académicos y activistas que hasta hace muy poco negaban los problemas raciales en Cuba o mediatizaban las valoraciones, suben ahora el tono de sus análisis, más por intereses personales que por convicción real, y apelan a la necesidad del debate abierto y plural como vía de enfrentamiento y solución a las atrofias estructurales y culturales que mantienen a los negros y mestizos cubanos en franca desventaja, situación que cincuenta años de discurso igualitario e inmovilismo social han complejizado, en lugar de resolverla.

El ensayo de trasnochado aperturismo quedó reducido a cenizas cuando sendos operativos montados por la policía política el 18 y 20 de marzo de 2009, en las sedes de la Biblioteca Nacional José Martí y la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), respectivamente, sembraron el

terror entre los ambientes intelectuales oficialistas vinculados al tema, al impedir la asistencia de los miembros del Comité Ciudadano por la Integración Racial (CIR).

En la sociedad cubana, donde las cosas se dividen entre obligatorias y prohibidas, que las fuerzas represivas coarten por la fuerza el desenvolvimiento o ejercicio de los derechos ciudadanos ya casi no es noticia, pero que lo hagan en el preciso momento en que los altos representantes de la Unión Europea se deshacían en elogios por las posibilidades de evolución que dicen ver en la realidad cubana y en el ánimo del gobierno, llega a ser más que preocupante.

Un pequeño grupo de activistas cívicos fueron expulsados de los espacios culturales, supuestamente públicos, por el único pecado de haber tomado la palabra en el debate. No salía de mi asombro al escuchar a la coordinadora del taller del día 20, en la UNEAC, quien evidentemente sobrecogida por la presión impuesta, expresó que la presencia física de activistas independientes era incluso admisible, pero que una vez allí debían guardar silencio, por lo que mi intervención en el taller «Cuba y sus cuestiones raciales» (en la misma sede, el 12 de marzo) había creado una situación muy difícil para los organizadores, que podía llegar a poner en peligro la permanencia de esos espacios de intercambio y debate.

Un participante en el evento que cerró sus puertas a los miembros del CIR pudo testimoniar cómo el reputado académico que, después de negar durante años los problemas raciales en Cuba, se ha erigido como principal vocero oficial del tema, se reveló allí como inmisericorde inquisidor con amenaza de que no iba a permitir a nadie hablar del problema racial fuera de la revolución. Tal parece que estos señores, en su enajenada desesperación, son incapaces de ver cómo, aún después de tanta mentira y tanta represión, hay en Cuba muchas personas dispuestas a pagar el precio de la libertad y el decoro.

Mientras la cruda realidad social hace tan evidente los desequilibrios y fracturas que ni el propio régimen puede ya negar, así como los retrasos que ha provocado la determinación gubernamental de dar por solucionado el problema y suprimir durante décadas el debate, todavía pretenden seguir controlando los espacios de intercambio intelectual, aunque para ello necesiten volver a sembrar el terror en el alma de la vanguardia ilustrada y ocupar militarmente los templos de la cultura nacional.

Resulta infantil y a la vez criminal imaginar que se puede enfrentar y solucionar un problema utilizando los mismos métodos y patrones que lo hicieron más complejo y grave. Las fracturas sociales son tan grandes, que pueden llegar a ser irreversibles gracias precisamente a esa censura, a ese silencio y a esa manipulación que, desde el poder, se quiere seguir imponiendo al divorciar las palabras de los hechos y negarse a admitir que, a estas alturas del desarrollo humano, para nada hay un solo punto de vista.

El espectáculo lamentable de la sede de la UNEAC invadida por amenazantes agentes de civil y varios destacados intelectuales temblando de pavor por la sola presencia de

un inofensivo trío de pacíficos y caballerosos activistas, reafirma a los líderes y miembros del CIR en su determinación irrevocable de cumplir, al precio que sea, su compromiso con la verdad y la justicia, y demuestra una vez más que, ante la persistente vocación de intolerancia que nos domina, gobernar es otra cosa, el verdadero pecado original es la independencia de criterio.

Es evidente que aunque los discursos digan otra cosa, el monólogo continúa en el ánimo de los que gobiernan. Con toda la humildad y honradez que nos asiste, les decimos a nuestros hermanos intelectuales oficialistas que lamentamos profundamente el mal rato que les hicimos pasar, pero no nos queda otra alternativa de vida que seguir pecando.

### *Romper la impunidad*

*Intervención de Leonardo Calvo en el taller «Cuba y sus cuestiones raciales» (Sede de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), marzo 12 de 2009).*

Este profundo debate podríamos dedicárselo a los cubanos blancos con ciclémia y queloides. En el tema que nos ocupa, unas cosas tienen más fácil solución. Les habla alguien que no le muestra el carné de identidad a la policía, de camino al coyuntural percance que esto implica; uno puede enterarse que lo que guía tan persistente atención policial es lo que llaman «la característica», lo cual se resuelve fácilmente si logramos que la policía se ocupe del delito *in fraganti* y no de las características morfológicas de las personas. Siendo así, acaso podríamos comprobar que los negros

delinquen más que los blancos, pero a partir de otro criterio mucho menos subjetivo.

Otras dimensiones del asunto son mucho más complejas. Como dice la insigne Elvira Cervera, vivimos en un país de mestizos, algunos tan oscuros que parecemos negros y otros tan claros que parecen blancos, un país donde se ha operado un intenso proceso de mestizaje y donde por muchos años los negros han logrado acceso al conocimiento y al desarrollo personal, lo cual no se refleja en los símbolos, las estructuras y en el alcance de determinados espacios.

Toda la América Latina vive un proceso de lucha por el rescate y revalorización de la herencia africana. En la Argentina, el país donde más se ha invisibilizado a los negros y donde la voluntad de blanqueamiento conserva rango constitucional, hay dos millones de afrodescendientes que todavía no aparecen ni en el fútbol, pero existen ya espacios cívicos y mecanismos institucionales para impulsar esa lucha y esa búsqueda.

Porque este debate puede ser muy estimulante y edificante pero es insuficiente; hay que buscar las vías y los espacios para enfrentar el problema, porque solución es una palabra muy grande y esto comienza a enfrentarse cuando el debate se lleve al aula, al barrio, al gueto y a la televisión.

Todos sabemos que la próxima telenovela, aunque no sabemos cómo se llama, tampoco tiene negros; pero

cuando un director o un creador concluya su obra y vea que los afrodescendientes no son representados ni reconocidos como merecen, si él sabe que hay ciudadanos con voz, grupos con voz e instituciones con voz dispuestos a impugnar la omisión, entonces comenzaría a cambiar la actitud y la perspectiva.

Si un humorista sabe que el chiste racista, tan ofensivo como innecesario, que va a ofrecer a millones de televidentes, será oído también por ciudadanos con voz, grupos con voz e instituciones con voz dispuestos a impugnar el reprobable comportamiento, la actitud y las perspectivas comenzarían a cambiar.

La historia de los negros en Cuba es una larga saga de siglos de sufrimientos, exclusiones y desconocimientos, pero también es un duro camino de muchas luchas y esfuerzos por enfrentar esta dura realidad. Cuando los niños salgan de la escuela conociendo la verdad de cómo los negros han enfrentado esas dificultades y obstáculos, desde los que se lanzaron al mar para no llegar como esclavos a América, hasta los que han sido masacrados en dos siglos diferentes por defender su autovalidación, su orgullo y su identidad, sólo entonces comenzaremos a vernos a nosotros mismos de manera diferente, comenzaremos a relacionarnos de manera diferente y sobre todo comenzaremos a ser, como sociedad, verdaderamente diferentes.